09. TEXTOS 4/3/02 10:21 Page 127

MEMORÁNDUM

DIRIGIDO POR EL CORONEL CHARLES DE GAULLE
A LOS GENERALES GAMELIN, WEYGAND Y GEORGES,
Y A LOS SEÑORES DALADIER Y REYNAUD
EL 26 DE ENERO DE 1940

I

¡Cuántas guerras estuvieron marcadas, en su inicio, por una sorpresa para uno, al menos, de los beligerantes!

En Crecy, la feudalidad francesa, al enfrentarse en tumulto a las tropas regulares inglesas, sufrió un desastre completo. En 1805, los austriacos y los rusos; en 1806, los prusianos, confinados en el formalismo de las antiguas evoluciones, se ven de pronto aniquilados por las rápidas maniobras del gran ejército. En 1914, la batalla de las fronteras revela de pronto a nuestra infantería la fulminante potencia del fuego. En el origen de estos acontecimientos hubo siempre un error de previsión en cuanto a la eficacia de los medios: armamento, efectivos, organización, que el conflicto iba a poner en práctica.

En la guerra en curso, el estancamiento de las operaciones terrestres en el frente franco-alemán no dejó de sorprender a la mayoría de las mentes. Esta vez la sorpresa no proviene de la manifestación súbita de fuerzas inesperadas, sino, al contrario, de la inercia mostrada por medios de los que se esperaba la actividad. Sin embargo, no hay nada en ellos que no fuera inevitable.

En efecto, en ambas partes lo esencial de las fuerzas presentes se compone de elementos sensiblemente semejantes a los que había durante el último conflicto, a saber: una infantería numerosa, con sus armas al brazo, destinada, en la ofensiva, a inundar el terreno avanzando al descubierto; una artillería abun-

Traducido del francés: Marta Gegúndez.

09. TEXTOS 4/3/02 10:21 Page 128

dante, que se instala en posiciones someramente resguardadas, para tirar a una decena de kilómetros sobre un adversario más o menos atrincherado; finalmente, medios de transporte y de abastecimiento, convoyes de ferrocarril, camiones, vehículos tirados por caballos, todos hechos para circular en itinerarios fijos; en total, un ejército fundamentado en el número, a base de hombres que combaten a pie, ligado a las rutas que lo hacen vivir, cuyos elementos pueden resguardarse con la condición de permanecer inmóviles, pero que son infinitamente vulnerables en cuanto se mueven. En resumen, poco más o menos, el sistema del cual Carnot y Napoleón habían hecho surgir la maniobra en los tiempos en que los fusiles disparaban, a 150 metros, dos golpes por minuto, y los cañones, a 800 metros, sesenta balas en una hora, pero que perdió prácticamente, en el infierno de las batallas modernas, la capacidad ofensiva.

A decir verdad, los acontecimientos de la guerra de 1914-1918 anunciaban ya esta especie de impotencia del sistema de las masas. Tan pronto se estableció el frente, de Suiza al Mar del Norte, se habían visto, durante cuatro años, a los ejércitos más fuertes del mundo golpearse unos a otros en furiosas batallas a costa de pérdidas inmensas y de gastos colosales de municiones, sin lograr realizar en el terreno ningún avance de consideración. Quizá, en la primavera de 1918, gracias a la avalancha de obuses de grueso calibre, los alemanes habían logrado penetrar profundamente, hasta Montdidier, Cassel y Chateau-Thierry, en las líneas británicas o francesas. Pero en ningún lugar sus divisiones, formadas de infantería y de artillería, habían podido explotar su éxito. Quizá, durante el verano y el otoño que siguieron, Foch, que disponía de material de una enorme superioridad, hizo retroceder al enemigo. Pero este avance, por lento que fuera –quinientos metros en promedio por día– no habría sido posible sino gracias a la intervención de vehículos completamente nuevos: los tanques. A pesar de ello, el armisticio se producía antes de que se hubiera desintegrado definitivamente al ejército alemán. En suma, debía comprobarse una pavorosa desproporción entre las pérdidas sufridas por la nación armada y los resultados tácticos, estratégicos y políticos que este sistema era susceptible de procurar.

Después, los medios que aparecieron o se desarrollaron tienden todos a reducir aún más la capacidad de maniobra y de ataque de las masas. Además de

09. TEXTOS 4/3/02 10:21 Page 129

que las armas automáticas y los cañones progresaron sensiblemente en alcance, en precisión, en velocidad de tiro, lo que hace casi inconcebible el avance de los hombres bajo el fuego enemigo, los franceses y los alemanes construyeron, a todo lo largo de su frontera común, y también sobre sus prolongaciones, líneas continuas y profundas de organizaciones parapetadas y acorazadas, reforzadas con obstáculos, sobre las cuales ni la artillería, ni, con mayor razón, la infantería, pueden hacer prácticamente nada. Finalmente, la aviación y los vehículos blindados poseen, a partir de entonces, tal potencial de sorpresa y de destrucción en comparación con las tropas, baterías y convoyes al descubierto, que en la batalla todo movimiento constituye por ello un riesgo inmediato de aniquilación. En realidad, y a menos de una superioridad desmedida en relación con el enemigo, el instrumento militar actual no tiene sino una oportunidad, a saber: la defensiva. Era de antemano completamente cierto que ni uno ni otro de los adversarios presentes en el frente occidental se dispondrían a hacer pedazos a su población masculina en asaltos al estilo de Verdún.

Sin embargo, en virtud de la ley de la naturaleza según la cual toda aptitud perdida por un organismo viviente se transfiere a otro, la que logra escapar a las masas se convierte en el patrimonio de un sistema nuevo. El motor de combate restituye y multiplica las propiedades que están eternamente en la base de la ofensiva. Al actuar en las tres dimensiones, al desplazarse en cada uno de los tres elementos más rápidamente que ningún ser vivo, susceptible de cargar pesos enormes en forma de armas o de coraza, ocupa a partir de entonces un lugar preponderante en la escala de los valores guerreros y se ofrece a renovar el arte desfalleciente.

No es que, evidentemente, el tanque, el avión, el acorazado tengan el privilegio de la invulnerabilidad. La invención humana, a medida que los perfecciona, descubre al mismo tiempo los medios de combatirlos. Por otra parte, a su acción se opone la del tanque, del avión, del acorazado enemigo. No es que los motores de combate puedan resolver por sí solos todos los problemas de las batallas. La artillería conserva la virtud de preparar, de apoyar su marcha y de cubrir sus altos. La infantería sigue siendo capaz de "limpiar" y de ocupar. Pero es un hecho que, en comparación con las otras armas, el vehículo mecánico está intrínsecamente dotado de una potencia, de una movilidad, de una pro-

09. TEXTOS 4/3/02 10:21 Page 130

tección literalmente incomparables y que, en consecuencia, constituye el instrumento esencial de la maniobra, de la sorpresa y del ataque. *Ya no hay, en la guerra moderna, empresa activa sino por medio y a la medida de la fuerza mecánica*.

Ahora bien, hasta el presente, ninguno de los adversarios ha sabido erigir la fuerza mecánica en un sistema concebido, equipado, organizado, que pueda tomar por su cuenta el esfuerzo principal para la victoria. Seguramente las dos partes disponen de aviones y de tanques, pero en número tan bajo, de una potencia tan restringida y sometidos a reglas de empleo tan tímidas, que ni siquiera llegarían a romper las organizaciones fortificadas enemigas. Cada uno de ellos, en lugar de crear un instrumento de guerra nuevo, se limitó a integrar en el sistema preestablecido los medios completamente diferentes que le ofrece la época del motor. Desde entonces estos medios, si permiten cualquier actividad episódica y fragmentaria, no procuran la posibilidad de las grandes empresas que, sin embargo, está en su naturaleza realizar.

A este respecto, es verdad, los alemanes se acercaron a una concepción racional de la guerra. Fue así como empezaron el conflicto actual con una aviación de ataque bastante importante y varias grandes unidades acorazadas, cuya acción combinada les permitió fulminar en dos semanas a Polonia, gran Estado militar de 35 millones de habitantes. Una acción del mismo orden puede, mañana, ponerlos en condiciones de apoderarse, en Rumania, en Suecia, en Rusia, en Asia Menor, de los territorios que les conviniera. Pero los aviones en número insuficiente, los tanques demasiado ligeros que el Reich es actualmente capaz de alinear, no bastarían para romper la resistencia francesa apoyada en las fortificaciones y obstáculos de la línea Maginot. Hay, además, todas las razones para pensar que el gobierno de Hitler lamenta amargamente en la actualidad no haber hecho experimentar a su ejército una transformación mucho más profunda. *Nadie puede razonablemente dudar de que si Alemania hubiese dispuesto, el 1º de septiembre pasado, solamente del doble de aviones, de un millar de tanques de 100 toneladas, de tres mil de 50 o de 30 y de seis mil de 20 o de 10, habría aplastado a Francia*.

En cuanto a nosotros, apegados todavía más firmemente a las antiguas concepciones, comenzamos la guerra con cinco millones de soldados, pero con una aviación apenas embrionaria y tanques por demás insuficientes en número y

09. TEXTOS 4/3/02 10:21 Page 131

en potencia. A pesar de ello, en modo alguno esta fuerza moderna estaba construida, organizada y orientada para golpear lejos, rápido y fuerte, sino al contrario, para actuar sólo en función y al interior del sistema de masas. Fue así como, desde el punto de vista aéreo, sólo contaban nuestros aparatos llamados de caza, es decir, de protección, y que en lo tocante a vehículos blindados no disponíamos prácticamente más que de carros ligeros, cuyo principio imperativo de empleo consistía en dispersarlos en pequeñas fracciones entre las filas de la infantería.

No había pues, para nosotros, ninguna posibilidad de prestar a nuestros aliados del este ayuda alguna, fuera directa o indirecta. Las mismas instituciones militares que el 7 de marzo de 1936 nos forzaban a la inmovilidad, que en el momento de la anexión de Austria por Alemania nos condenaban a la inercia total, que en septiembre de 1938 y luego en marzo de 1939 nos imponían abandonar a los checos, debían fatalmente forzarnos, en septiembre pasado, a asistir de lejos a la acometida alemana sobre Polonia sin poder hacer nada más que seguir en el mapa las etapas victoriosas del enemigo.

II

A decir verdad, el sistema de la nación armada, que por sí mismo no permite más que la estricta defensiva, pudo, hasta el conflicto presente, parecer justificarse por el argumento de una Francia pacífica, para la cual todo el problema de la guerra consistiría en la salvaguarda de su territorio. De hecho, ese fue el fin único que las leyes fundamentales de 1927 y de 1928 le fijaron a la organización militar del país. Con la condición de que nos desinteresemos de lo que sucede en el resto del mundo, sería concebible, *a priori*, que limitáramos nuestro esfuerzo a hacer frente en nuestras fortificaciones. Al mantener inmóvil bajo las armas a nuestra población activa, al enterrar en la trinchera el destino entero de Francia, al desalojar a sus habitantes, con el fin de protegerlos, de nuestras ciudades y nuestros pueblos, al adoptar de una vez por todas la estrategia que consiste en recibir los golpes sin devolverlos, tal vez consigamos, por más o menos tiempo, mantener tal cual el trazado de nuestras fronteras. Pero no puede dudarse de que el resultado sería precario.

En efecto, si el enemigo no ha podido constituir ya una fuerza mecánica suficiente para romper nuestras líneas de defensa, todo obliga a pensar que está trabajando en ello. Los éxitos clamorosos que ha logrado en Polonia gracias a los motores de combate no hacen sino estimularlo excesivamente a empujar ampliamente y a fondo en la nueva vía. Ahora bien, es necesario saber que la posición Maginot, por muchos refuerzos que haya recibido y que pueda recibir, por grandes cantidades de infantería y de artillería que la ocupen o se apoyen en ella, es susceptible de ser rebasada. Esa es, por lo demás a la larga, la suerte reservada a todas las fortificaciones. En el caso particular, sucede que el medio de ataque apropiado existe virtualmente. La técnica y la industria se encuentran, desde ahora, en condiciones de construir tanques que, empleados en masa como se debe, serían capaces de vencer nuestras defensas activas y pasivas. No es, con respecto a estos vehículos, sino cuestión de blindaje, de armamento, de capacidad de penetración, aptitudes todas que es fácil darle promediando un tonelaje conveniente.

Hay aquí una trasposición a la lucha de los tanques contra las fortalezas, de las condiciones del combate secular del cañón contra la coraza. Del mismo modo que, no hace mucho tiempo, para una bóveda protectora dada, surgía siempre un cañón –aunque fuera de 420– lo bastante poderoso como para destruirla, así pueden fabricarse a voluntad tanques capaces de vencer a cualesquiera organizaciones conocidas. En este campo, una masa de vehículos blindados apoyada por una masa de aviones posee, por lo demás, en comparación con la artillería, la inmensa ventaja de poder concentrarse, ponerse en marcha y actuar en plazos extremadamente cortos y continuar el avance rápida y profundamente, mientras que los cañones necesitan mucho más tiempo para su montaje, el transporte de sus municiones, la ejecución de sus tiros. Sin embargo, no pueden aprovechar por sí mismos el efecto de las destrucciones que realizaron. En cuanto a transportarse después, como lo hacen los tanques y los aviones, más allá del dispositivo enemigo, la artillería en este caso es impotente. *En resumen, la ruptura de las organizaciones fortificadas puede, debido a los motores de combate, revestir un carácter de sorpresa, un ritmo, consecuencias tácticas y estratégicas, sin comparación alguna con las lentas operaciones que se conducían antiguamente en virtud del cañón.*

De ello resulta que el defensor que se atuviera a la resistencia en el terreno de los elementos del tipo antiguo estaría condenado al desastre. Para romper la fuerza mecánica, sólo la fuerza mecánica posee una eficacia indudable. El contraataque masivo de escuadras aéreas y terrestres, dirigido contra un adversario más o menos disociado por la penetración de las fortificaciones, he ahí pues el recurso indispensable de la defensiva moderna. Incluso si hubiéramos asignado a nuestra acción militar como el límite más avanzado la frontera del territorio, la creación de un instrumento de choque, de maniobra y de velocidad se nos impondría de manera absoluta.

Pero, ¿sería concebible un desinterés tal de lo que sucede al exterior en la guerra en que estamos comprometidos? La actividad de la fuerza francesa fue, desde siempre, la condición necesaria del equilibrio en Europa. Si este equilibrio se encuentra roto ahora, la razón de ello es, evidentemente, nuestra pasividad. En caso de que esta pasividad persista, nada impedirá a la hegemonía enemiga extenderse todavía más. Seguros de no estar hundidos en sus posiciones Siegfried, los alemanes tendrían, mañana como ayer, la facultad de llevar sus esfuerzos a otra parte. Pero, ¿cómo salvaguardaría su integridad, a la larga, el pequeño cabo que constituye el territorio de nuestra patria en el extremo del continente, en presencia de un conquistador que se habría apoderado de todos los recursos que completan los suyos? Ya el avasallamiento de Austria, de Checoslovaquia y de Polonia ha acrecentado en un tercio la potencia industrial del Reich. Al tomar bajo su dependencia a Hungría, Rumania y Ucrania, Alemania puede duplicar sus recursos agrícolas. Y, en cuanto a las materias primas, casi todas están a su alcance: hierro de Suecia, níquel en Noruega y en Finlandia; algodón en Turkestán; petróleo en los Balcanes, en el Cáucaso y en Irán.

En el conflicto presente, como en todos aquellos que lo precedieron, estar inerte es estar derrotado. Para ponernos en condiciones de actuar y no sólo de recibir afrentas, es necesario crear un instrumento militar nuevo. *La fuerza mecánica, terrestre, aérea y naval nos permitiría preservarnos de los posibles ataques de Alemania, tomar alrededor de ella plazas de armas y bases de partida, expulsarla de las regiones que ha sometido o que someterá, bloquearla, bombardearla, finalmente hundir nuestras armas en su cuerpo por todas partes*.

09. TEXTOS 4/3/02 10:21 Page 134

Por lo demás, la inacción forzada del sistema de las masas corre el riesgo de tener, en cuanto a la moral del ejército y de la nación, consecuencias peligrosas. El mantenimiento prolongado bajo las armas de casi toda la población activa del país puede ser aceptada por los ciudadanos mientras comprueben su necesidad. Así lo fue bajo la Revolución contra la cual estaba coligada Europa o durante la última guerra cuando los alemanes estaban en Noyon. Entonces las masas tenían conciencia de ser indispensables para la salvación de la patria, aquello de lo que las operaciones le daban constantemente la prueba sangrienta. Pero, en la guerra presente, ninguna prueba de este tipo –y con razón– les ha sido proporcionada. Cinco millones de franceses, jóvenes y activos, se encuentran desde hace largos meses –¿y por cuántos meses más?– inutilizados militarmente en acantonamientos o en depósitos. *El oscuro sentimiento de impotencia que el sistema actual hace nacer aparentemente en el alma de los jefes, puesto que no lo ponen en acción, ni de un lado ni del otro, comienza a extenderse a la nación armada misma*. Para decir verdad, algunos movilizados niegan ya que, bajo las armas, hagan una obra útil; muchos se preguntan si hay proporción entre la ventaja que implica su presencia en las filas y el inconveniente que resulta de su desarraigo; todos son presa del aburrimiento. Ciertamente, la sabiduría del mando mitiga, tanto como es posible, esta erosión de la buena voluntad. Al ocupar a las tropas con trabajos y ejercicios, al velar por su bienestar y su distracción, al recordarles periódicamente la amenaza de una ofensiva enemiga, al darles permisos, se esfuerzan por mantener su paciencia. Pero no hay que contar con que se pueda hacerlo indefinidamente. En su principio mismo, el levantamiento en masa corresponde a grandes conflictos, amenazas inmediatas, necesidades brutales. No hay duda de que si el régimen actual no se cambiara radicalmente muy pronto, nos veríamos, ya sea acorralados en empresas sin esperanza para justificar la movilización, ya sea expuestos a un grave abatimiento de la moral en el ejército y en el país.

Por lo demás, parece ya que la guerra moderna, en tanto que es la guerra "total", no puede avenirse al mantenimiento permanente bajo las armas del mayor número de ciudadanos activos. Ningún pueblo en la actualidad podría conducir por mucho tiempo la lucha sin una vasta extensión de su actividad económica. La fabricación de armamento, las industrias extractivas, los trans-

09. TEXTOS 4/3/02 10:21 Page 135

portes, los trabajos de defensa pasiva alcanzan y deben alcanzar un rendimiento colosal. Además hay que mantener, si no es que desarrollar, la producción agrícola, puesto que un esfuerzo acrecentado implica una alimentación mejor. Por otra parte, no es posible dejar morir una infinidad de industrias necesarias para las necesidades elementales de la población ni renunciar a los intercambios con el imperio. Finalmente, inmensas cantidades de materias primas, de armas, de productos fabricados deben comprarse en el extranjero. Ahora bien, el crédito está muerto y las reservas de oro no son inagotables, suponiendo que los Estados proveedores acepten por mucho tiempo que se les pague con metal amarillo. He aquí, pues, que es necesario, cueste lo que cueste, exportar más que nunca. En resumen, a medida que pasan los días se hacen sentir en el interior del país necesidades cada vez más apremiantes de técnicos y de mano de obra. Apenas se había consumado la movilización cuando ya comenzaba el reflujo de los hombres del frente. Que se quiera o no, este movimiento no está sino en su inicio. Antiguamente la guerra de las naciones armadas exigía la masa en el combate. En la actualidad, la guerra total exige la masa en el trabajo.

III

Así, la lucha en la cual estamos comprometidos implica una reforma profunda de nuestro sistema militar. Al ser la actividad la condición de la victoria y al constituir la fuerza mecánica desde ahora, en el conjunto de los medios, el elemento esencialmente activo, esta fuerza es lo que, ante todo, se necesita crear, organizar, emplear. Correlativamente, los efectivos movilizados no deben conservarse en el frente sino en la medida compatible con las necesidades del desarrollo económico que se requiere. Se trata de realizar un instrumento de maniobra, de potencia y de velocidad que constituya el factor principal, el criterio de nuestra acción, y que los elementos subsistentes del sistema antiguo deban secundar según sus aptitudes, muy lejos de plegarse a sus propias posibilidades.

Una reforma tal exige, primero, un muy vasto esfuerzo de fabricación. Desde el momento en que nos decidiéramos a cambiar por la fuerza mecánica el carácter de la guerra, la extensión y el ritmo de las construcciones que se le re-

lacionan deberían modificarse de todo a todo. A decir verdad, la fuerza de las cosas se encarga ya de impulsarnos a ello. Entre los gastos de armamentos, la proporción de los que conciernen a los aviones y los tanques marca, de mes en mes, una ascensión vertiginosa. Pero en lugar de dejarnos poco a poco y como por obligación arrastrarnos hacia las cumbres, conviene aspirar en seguida y deliberadamente a alcanzar el máximo. La actividad industrial de los imperios francés y británico deberá multiplicarse a este respecto y, sobre todo, la cooperación norteamericana obtenida en condiciones de amplitud y de premura sin relación alguna con lo que se está haciendo. Por supuesto, debe decirse otro tanto del esfuerzo científico y técnico en lo que concierne a la investigación, a la invención y a la experimentación. Desde este punto de vista, la timidez comprobada en nuestro pueblo que, no hace mucho, inventó el avión, el tanque y el acorazado, no es la consecuencia menos nefasta de instituciones militares que desalientan que el espíritu de la época sople en su provecho.

Mientras que el principal esfuerzo de la técnica y de la fabricación se dirigiría sistemáticamente al material de las formaciones modernas, éstas deberían tener también la prioridad absoluta en la selección del personal. La complejidad de los vehículos, su costo casi exorbitante, su extrema importancia relativa, las condiciones de su empleo, exigen que estén servidas y comandadas por los mejores. Al modificar de arriba abajo los procedimientos en vigor hasta el presente, todo aquello con lo que el país cuenta de más ardiente, más fuerte, más puro, debe incorporarse de oficio en la fuerza mecánica francesa. Y, de esta élite, habrá que saber sacar, por la emulación, el amor propio y el honor, las proezas colectivas a las que se prestarán maravillosamente sus armas. Hay –sí, ciertamente–, que suscitar en ella el espíritu deportivo de guerra, del cual ya algunos grandes hechos de equipos nos hacen presentir que está listo para inflamarse. En todos los tiempos, el arte de la guerra transformó en potencia de combate las tendencias dominantes del siglo. Las grandes victorias de nuestra época, apasionada de las contiendas y de las máquinas, serán ganadas sin duda al-guna por motores y por campeones.

Sin embargo, no bastaría con alinear en innumerables filas vehículos potentes y rápidos, ni formar, para servirlos, tripulaciones de primer orden. Nada esencial se hará en tanto que la fuerza mecánica no exista por sí misma y no se

09. TEXTOS 4/3/02 10:21 Page 137

organice para los fines decisivos que tendrán que alcanzarse por su propia acción. Como el elemento de toda empresa autónoma es la unidad grande, es en unidades grandes, dotadas de todos los medios deseados para conducir de principio a fin su maniobra, como es necesario articularla. Esta condición, ya satisfecha en lo que concierne a la flota, no lo está, en la aviación, sino de manera muy embrionaria y, vale más decir que en lo absoluto, en lo que se refiere a las formaciones terrestres. Seguramente disponemos, o vamos a disponer, de algunas divisiones mecánicas, llamadas unas "ligeras", otras "blindadas". Pero no están hechas sino para sostener y completar localmente las unidades de masa del tipo antiguo.

Ahora bien, se trata, muy al contrario, no solamente de multiplicarlas, sino incluso de constituir con miras a la autonomía, con el fin de librarlas de demoras prolongadas, del ritmo lento, del débil alcance al que está sujeta la acción de los otros elementos. *En tierra, divisiones de línea y divisiones ligeras, cada una provista de tanques suficientemente numerosos y potentes, de suficiente infantería blindada, de suficiente artillería protegida, para sostener ella misma su combate, equipada en todos los medios de brecha o de paso necesario para superar los obstáculos que le opondrán el adversario y el terreno, dotada de vehículos especiales que la desligarán de las carreteras para sus transportes y sus abastecimientos. En el aire, divisiones de asalto capaces, en el curso de la batalla, a la vez de labrarse su lugar en el cielo y de ahí abalanzarse para acometer al enemigo en la tierra o en el mar, y divisiones de ataque lejano destinadas a la destrucción de los objetivos de orden económico.* La reunión de estas grandes unidades en cuerpos terrestres o aéreos permitiría las amplias rupturas, las maniobras de gran envergadura, el aprovechamiento profundo de la ofensiva, que constituyen la táctica de las formaciones mecánicas con la condición de que estén concentradas.

Finalmente, por combinación de los elementos modernos, en tierra, en el mar y en el aire nacería una estrategia nueva lo bastante extendida en el espacio y lo bastante rápida en el tiempo como para estar a la escala de sus posibilidades. No hay duda, además, de que esta extensión del radio de acción de la fuerza deba acarrear una vasta ampliación de los teatros de operación y, por consiguiente, profundos cambios en la conducción política del conflicto. El desarrollo de la guerra mecánica, que va a la par con el de la guerra económica,

09. TEXTOS 4/3/02 10:21 Page 138

implicará la puesta en actividad de sectores actualmente pasivos en el mapa del mundo. Pero esa es una consecuencia inevitable de la evolución. Lo importante es sacar partido de ello en provecho de nuestro campo, en lugar de entregar el beneficio al enemigo.

A ningún precio el pueblo francés debe ceder a la ilusión de que la inmovilidad militar actual estaría acorde con el carácter de la guerra en curso. Lo contrario es lo cierto. El motor confiere a los medios de destrucción modernos una potencia, una velocidad, un radio de acción tales, que el conflicto presente estará marcado, tarde o temprano, por movimientos, sorpresas, irrupciones y persecuciones cuya amplitud y rapidez rebasarán infinitamente las de los acontecimientos más fulgurantes del pasado. Muchos signos anuncian ya este desencadenamiento de las nuevas fuerzas. Mientras que las "masas" francesa, alemana, inglesa, rusa, etcétera, es decir en total veinte millones de hombres, se encuentran movilizadas desde hace cinco meses sin haber logrado en ninguna parte y en ningún momento nada positivo, se ha visto la embestida de los tanques y el asalto de los aviones aniquilar en dos semanas a un nada despreciable ejército de 1 200 000 soldados; se han visto muchas máquinas voladoras hacer planear la muerte de un extremo al otro de los grandes países beligerantes; se han visto navíos actuar en toda la extensión de los mares; se ha visto a la opinión pública del Viejo y del Nuevo Mundo interesarse apasionadamente en las manifestaciones de la fuerza mecánica, porque siente en ella, por instinto, lo esencial de la potencia de las armas.

¡No nos equivoquemos! El conflicto que ha comenzado bien podría ser el más extenso, el más complejo, el más violento de todos aquellos que devastaron la Tierra. La crisis, política, económica, social, moral, de la cual surgió, reviste una profundidad tal y presenta tal carácter de ubicuidad que desembocará fatalmente en una convulsión total de la situación de los pueblos y de la estructura de los Estados. Ahora bien, la oscura armonía de las cosas procura a esta revolución un instrumento militar –el ejército de las máquinas– exactamente proporcionado a sus colosales dimensiones. Ya es hora de que Francia saque sus conclusiones. Como siempre, del crisol de las batallas surgirá el nuevo orden y se entregará finalmente a cada nación según las obras de sus armas.